



JUNIO

(Flor: *Dalia amarilla.*)

Nuestras tristezas.

§ I

Conviene vencer las tristezas.

SIENDO la tristeza un dolor sensible del mal presente, la Naturaleza, que nos enseña á huir el mal, asimismo nos enseña á evitar, en cuanto nos sea posible, las ocasiones de la tristeza, á pelear contra ella cuando nos acomete, y á tenerla por un enemigo molestísimo que nos quita el reposo y la tranquilidad del alma. No podemos de esta pasión sacar bien alguno, ni para los

por herencia, y les habéis encomendado que no admitan en su corazón inquietud alguna: concededme esta misma paz, y sosegad las tempes-

pero yo te digo que es mayor mal esa tristeza de que te dejas llevar, y mucho mayor el bien que pierdes por ella de la quietud y paz del alma, pues la quietud y paz serían

negocios temporales, ni para los espirituales, ni para el cuerpo, ni para el alma.

¿Qué mayor miseria puede haber que mantener voluntariamente la propia miseria y el ser uno verdugo de sí mismo, aumentar su tormento en lugar de disminuirlo, y desterrar la alegría, que es el mayor bien de la vida? Todo esto hace quien se deja llevar de la tristeza. La tristeza es contraria al espíritu de Dios, y á la verdadera devoción. El poseído de la tristeza sólo piensa en su mal y en su dolor, y así no hallan entrada en su corazón, ni la gracia, ni los sentimientos santos, ni el gusto de las cosas de Dios. Ella enflaquece las fuerzas del alma, y le impide la facilidad para obrar bien, y la cubre de una nube obscura, quitándole la luz para que no vea lo que le conviene. Ella se alimenta de hiel y de amargura, con que tiene cerrada la puerta á las dulzuras del maná y

por herencia, y les habéis encomendado que no admitan en su corazón inquietud alguna: concededme esta misma paz, y sosegad las tempe-

frir tu aflicción porque Dios así lo quiere, sin lamentarte, sin acusar á tu mala suerte, sin turbación y sin inquietud, y en cuanto pudieres imi-

delicias del Paraíso. El demonio no ha hallado cosa más á propósito para sus designios que la tristeza: por medio de esta pasión endereza él todas sus redes con facilidad. Por medio de ella nos acomete, y muchas veces nos derriba. Y como es espíritu de tinieblas, en medio de esta obscuridad tiene sus ganancias, sugiriéndonos pensamientos funestos y afectos perniciosos. Y cuando él no hiciera otra cosa sino impedir el paso á la gracia, ¿no sería éste un grande mal? ¿Y quieres tú ayudar al demonio con tanto daño y pérdida tuya?

Pero me dirás que el mal que causa tu tristeza es grande, porque has perdido al papá, la mamá, á tu amiga, los bienes, la salud ó la honra. Pero yo te digo que es mayor mal esa tristeza de que te dejas llevar, y mucho mayor el bien que pierdes por ella de la quietud y paz del alma, pues la quietud y paz serían

negocios temporales, ni para los espirituales, ni para el cuerpo, ni para el alma.

¿Qué mayor miseria puede haber que mantener voluntariamente

mejor remedio á tu dolor que esa tristeza. Jesucristo no te ha mandado que llores las pérdidas temporales, sino que guardes la paz de tu corazón, y que, si por algún accidente la pierdes, procures luego recobrarla. Ten grande cuidado de prevenirte contra la fuerza de las tristezas. Lo primero con no pegar tu corazón á cosa ninguna, de manera que no puedas dejarla con facilidad luego que quisiere Dios que la dejes; lo segundo, con premeditar los males de penas que te pueden suceder en cualquier materia, y fortificar tu corazón con el auxilio de la gracia divina, disponiéndolo por sufrirlos de buena gana, caso que Dios con su providencia dispusiere que te sucedan; lo tercero, con recurrir á Dios luego que el mal que es causa de la tristeza acomete, y pedirle su gracia para combatir y vencer á ese mortal enemigo de tu paz y de tu perfección.

frir tu aflicción porque Dios así lo quiere, sin lamentarte, sin acusar á tu mala suerte, sin turbación y sin inquietud, y en cuanto pudieres imi-

¡Dios mío, y Salvador mío!, que nos tenéis hecha promesa de que nuestra tristeza se convertirá en gozo, y de que nuestro gozo nadie nos lo podrá quitar; librad mi corazón de toda tristeza que lo pueda apartar de Vos, y haced que mi corazón no sea tan sensible á la pérdida de las cosas terrenas. Guardadme con la tranquilidad de quien tiene su dicha sólo en Vos.

§ II

Suframós la tristeza que no podamos vencer.

Algunas veces la tristeza es grande, y sus causas parecen tan legítimas que tú no la puedes vencer con la paciencia ni con el tiempo. En tales casos, ayúdate á tolerarla con la esperanza de que semilla tan desabrida te ha de dar copiosos aumentos del sabroso fruto de gracia y

mejor remedio á tu dolor que esa
tristeza. Jesucristo no te ha manda-
do, ni

los
no, ni

aber
te la

gloria. Recibe esta tristeza como una pena que Dios te envía, y así como sufrirías una enfermedad del cuerpo con paciencia y resignación, sufre esta enfermedad del alma aceptándola como enviada de Dios en castigo de tus pecados, y de las vanas alegrías que en otros tiempos has gozado. Considera que es cosa propia de esta vida la tristeza y el llanto, y que el Salvador dijo á sus Apóstoles, y en ellos á los demás que le siguen: « Vosotros os contristaréis y el mundo se alegrará. » No se puede negar que á nuestros pecados, y á este valle de lágrimas y miseria en que vivimos, son muy consonantes nuestras tristezas y gemidos: el Salvador lloró, y con su llanto consagró el nuestro. Pero advierte que tus tristezas y lágrimas deben tener más de la gracia que de la naturaleza, porque no tanto debes afligirte y atormentarte por la pérdida temporal, cuanto debes su-

frir tu aflicción porque Dios así lo quiere, sin lamentarte, sin acusar á tu mala suerte, sin turbación y sin inquietud, y en cuanto pudieres imitar el dolor de los ángeles en la pasión del Salvador, de la cual intencionalmente se dolían sin perder por eso la paz. Junta á tus lágrimas los sentimientos de la contrición, diciéndote á ti misma: ¡Oh pobre y ciega de mí, que hace tanto tiempo que amargamente lloro la pérdida, de mi parte involuntaria, de aquella persona á quien amaba, y ni una lágrima he derramado por la pérdida de aquel gran Dios, á quien sobre todas las cosas debiera siempre amar, de la cual yo voluntariamente he sido causa por mis pecados! Y trocando el objeto á tu dolor, ya en adelante no hagas caso de las pérdidas temporales, ni te estorbes con su dolor infructuoso. Pero haz mucho aprecio de las pérdidas espirituales de la gracia de Dios, y

permitir que suba á la porción superior del alma de la inferior, á que pertenece, ni que influya en tus acciones.

ocúpate toda en dolerte de ellas con contrición perfecta; dolor tan fructuoso que con él recobrarás el bien perdido. Consuélate con aquella promesa del Salvador: «Vuestra tristeza se convertirá en gozo.» «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.» Él convertirá tu dolor en placer y te llenará abundantemente de sus consolaciones. Él te dará por este camino la alegría de sus gracias; pero es necesario dejar á su disposición tu tristeza toda entera, y hacerlo dueño de tus intereses y juez de tus sentimientos, poniendo en él toda tu confianza y consolación. Si la tristeza alguna vez te acometiere con mayor violencia que la ordinaria, únela con la tristeza y agonía que tuvo el Salvador en el huerto. «Mi alma está triste hasta la muerte», — decía Jesús; — y quiso padecer para nuestras tristezas, y para que todos nuestros dolores en los suyos perdiesen

vierte que las tristezas y agnias deben tener más de la gracia que de la naturaleza, porque no tanto debes afligirte y atormentarte por la pérdida temporal, cuanto debes su-

su amargura. Di, pues, tú con el mismo Jesús: «Padre mío, hágase vuestra voluntad, y no la mía.»

§ III

Nuestros disgustos ligeros.

Hay también otro género de tristezas ligeras que muchas veces nos acometen, y provienen, ó de un natural melancólico, ó de ligeras ocasiones; pero son bastantes para inquietarnos por algún tiempo, para quitarnos la paz y para impedirnos el gozo de las gracias divinas; y aunque es ligera su congoja, nos causa muchas distracciones en nuestros ejercicios de devoción, y nos hace cometer muchas faltas contra la caridad. Por tanto, conviene también pelear contra este género de tristezas y vencerlas lo más presto que se pudiere. Si buscas el origen de estos disgustos, hallarás que de

permitir que suba á la porción superior del alma de la inferior, á que pertenece, ni que influya en tus acciones.

ordinario nacen de tu soberbia. Una cosa que no te sucede á gusto; un desprecio ligero que se hace de ti; el descubrirse alguna falta que tú has hecho; una palabra que te desagrada, y otras cosas semejantes que te toquen en la altivez, por muchos días te traerán disgustada, alimentando tácitamente y haciendo que crezca en ti esa misma altivez. Ten, pues, vergüenza de ti misma, que por una cosa tan ligera pierdes tu paz y tu reposo. ¿Has de ser siempre esclava de tu soberbia, de suerte que por una cosa de nada, siendo cristiana, pierdas tu quietud y tranquilidad, y te pongas en peligro de cometer mil errores á fuerza de ese disgusto ó pesadumbre que fomentas? ¿No será mejor aceptar voluntariamente y con sufrimiento esas ocasiones de disgusto que mortifican tu altivez, creyendo, lo que es cierto, que aceptadas así te serán de una gran ganancia? ¿De cuántas

viente que las tristezas y lágrimas deben tener más de la gracia que de la naturaleza, porque no tanto debes afligirte y atormentarte por la pérdida temporal, cuanto debes su-



JULIO

impaciencias te han sido causa esos pequeños disgustos ó desabrimientos! Ellos son el origen de todas las faltas que se hacen contra la caridad del prójimo. Cuando las tienes, todo te enfada, todo te disgusta, todo te desagrada; tú padeces y haces padecer á los otros; ¿cuántas acciones te han hecho perder? Entra, pues, dentro de ti misma, y ahoga este gusano que te está royendo el alma y es causa de muchos defectos. Puede ser que ese tu disgusto y desabrimiento provenga de tu complexión y natural melancolía. En tal caso, súfrela como efecto del temperamento que Dios te ha dado, y tolérala como con una sincera resignación, ofreciéndoselo como cosa que descende de Él. Mas sobre todo está muy atenta á moderarlo, y á no permitir que suba á la porción superior del alma de la inferior, á que pertenece, ni que influya en tus acciones.

ordinario nacen de tu soberbia. Una cosa que no te sucede á gusto; un desprecio ligero que se hace de ti; el descubrirse alguna falta que tú

Hágate ocasionalmente más moderada en vez de hacerte más desabrida. Acógete en estos combates al santo ángel de tu guarda, pídele que con un rayo de luz disipe la obscuridad de tu corazón, y que por la alegría de la bienaventuranza que él goza aleje de ti tal tristeza, y que, pues, tiene tu alma á su cuidado, la reduzca y restituya á su primera tranquilidad, y á aquella alegría que debe tener una cristiana que piensa estar en gracia de Dios. ¡Dios omnipotente!, que condujisteis á vuestro pueblo escogido entre las aguas del mar como por medio de dos murallas inexpugnables: conducidme á mí entre las amarguras de esta vida y entre tantas ocasiones de entristecernos como nos ocurren en este lugar de destierro. Conducidme, Señor, á Vos; y rechazando los asaltos con que el demonio y la naturaleza me embisten, haced que mis tristezas



JULIO

sean santas, para que, haciendo yo mías las armas de mis enemigos, con ellas mismas les haga la guerra y los venza.



ordinario nacen de tu soberbia. Una cosa que no te sucede á gusto; un desprecio ligero que se hace de ti; el descubrirse alguna falta que tú



JULIO

(Flor: *Rosa reina encendida.*)

—

Nuestras aficiones y aversiones.

§ I

Nuestras aficiones.

LA gran rueda de nuestras pasiones, y ordinariamente también de nuestras acciones, es la inclinación. Ella nos hace suaves las cosas más dificultosas, y hace que nos parezcan nada los impedimentos mayores. Entra dentro de ti, y considera atentamente adónde tus inclinaciones te llevan, que por ellas harás juicio del estado en que está tu alma. ¿ Amas, por desgracia, alguna

6

propio es el veneno que corrompe la mayor parte de tus acciones, haciendo que las ejecutes, no por complacer á Dios, como debieras, sino